

# FIDELA

## ARECIBO en la PERSISTENCIA de su MEMORIA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

*FIDELA MATHEU Y ADRIÁN: OBRA POÉTICA INÉDITA*

AUSPICIADA POR CLUB DE ROTARIOS DE ARECIBO

EN EL ARECIBO COUNTRY CLUB

MIÉRCOLES 2 DE NOVIEMBRE DE 2011

Hoy es un día especial para los que nos dimos a la tarea de exhumar del sarcófago del olvido a un grande espíritu. Haydée de Jesús Colón y este que les habla, nos impusimos la responsabilidad de arrebatarle al fantasma de la marginación y el ostracismo a una gran luchadora, a una escritora de primera fila en el tiempo que le correspondió ser vida material y que a los redactores de la historia de la literatura se les escapó abrirle el espacio que en el catálogo de nombres célebres le corresponde.

Coincidencia no prevista es que la actividad de esta noche se efectúe el día 2 de noviembre, fecha conocida como “el día de los muertos”. Esta coincidencia tal vez no sea casual, sino, como suelen decir los poetas, obra de un arcano que decide desde algún punto del amplio universo el curso de los acontecimientos destinados a los mortales.

Hablo en esta forma, que a algunos les parecerá rara, por hallarnos frente a la realidad de la poeta Fidela Matheu y Adrián. Por las extrañas manifestaciones de la vida, Fidela vivió rodeada por la muerte. Se pensará: pero si todos los seres de la tierra viven, de una manera u otra, rodeados por la muerte. La diferencia es que unos viven enajenados, ignorantes o desentendidos de su condición existencial, mientras otros viven conscientes de ella, y en el caso de Fidela diría obsesionada con la idea de la muerte.

En una carta que Fidela le escribió al poeta Luis Lloréns Torres en 1916 le decía: “nacé en 1856, año de luto y muerte”. Aquel 1856 fue el año del cólera que se manifestó con gran pérdida de vidas en la entonces Villa de Arecibo. Cuando Fidela tenía 13 años, murió su madre, que era su sostén material y espiritual, y luego de su regreso de Cuba, viuda, en 1873 perdió a su hijita María Belén, asidero de las esperanzas de su vida. Si a esta serie de eventos añadimos que Fidela en su niñez vivió en la calle San Felipe, cercana al Cerro de la Monserrate, donde hubo

una ermita en la que su madre la enseñó a rezar las primeras oraciones, y que frente a esta ermita había un cementerio donde fue enterrada su madre, y que junto al cementerio habían dos pinos, y en la corteza de uno de ellos ella grabó su nombre junto al de José Gautier Benítez, su eterno amor, podemos calibrar cuán vinculada estaba la vida de Fidela a la muerte. Pero como hoy es el 2 de noviembre, creo conveniente leerles versos de un poema que Fidela tituló “A mi madre, el Día de Difuntos”:

Hay en el aire vago que aspiramos  
una dulce tristeza indefinible:  
el firmamento espléndida ilumina  
la tibia luz de la argentada luna  
que brillantando va con su luz llena  
las leves ondas de la mar serena.

Leve murmullo cadencioso y blando  
las mansas olas al morir producen,  
y en el cenit esplendorosas lucen  
cual clavos de oro en negro terciopelo  
las mil estrellas del oscuro cielo. (...)

Quién al mirar tu espléndida grandeza  
con fe sublime tu poder no admira  
y cuando solo, el corazón suspira,  
y busca en vano la mirada triste,

en la tierra, los seres que adoramos,  
un consuelo dulcísimo encontramos  
al volverla de nuevo al Infinito,  
pensando ver en su esplendor bendito,  
los seres caros que al morir lloramos.

Hasta aquí Fidela Matheu imparte una especie de introducción al largo poema dedicado a su madre. Y ya abierto el interés con tan delicado comienzo, véanse estos otros versos:

Madre del corazón, madre querida,  
cuántas veces al ver sobre mi frente  
reflejada la luz de alguna estrella,  
o al mirar una nube que perdida  
vagaba por los aires transparente,  
pensaba, en mi delirio, ver en ella  
tu alma bendita sobre mí llorando  
y por mi dicha al Cielo suspirando.  
¡Ah! mil veces y mil tú más dichosa  
gozas del Cielo la divina calma.

¡Ay! quién pudiera...,  
 en un tranquilo vuelo  
 elevarse hasta el Cielo  
 verte madre querida  
 y besar a la hija de mi vida  
 que dejando mis brazos  
 rompió de mi alma los divinos lazos.

Guárdala, tenla hasta que reclame  
 mi derecho sagrado  
 y de ti y ella al lado  
 la eternidad de Dios adore y ame.

A partir de aquí Fidela crea una especie de cuento piadoso mediante el cual ella imagina, alimentada su imaginación con las creencias que desde niña escuchó en su medioambiente religioso, la intervención de un ángel que bajo el engaño de dulces y juguetes eleva a la niña hacia el infinito. El poema es extenso, pero el propósito nuestro es vincular a nuestra poeta con el día, ya noche, en que nos corresponde disertar sobre la obra inédita de Fidela Matheu, sobre su vida, sobre su papel en la historia de Arecibo en particular, y en general en su expresión en la lengua materna, el idioma español en que escribió sus dolidos poemas.

Fidela Matheu nació en Arecibo en 1852. En la citada carta a Lloréns le dice: *Ramón Marín fue mi maestro de escritura, Rosenda Padilla, la hermana de El Caribe, fue mi maestra de estudios primarios, a petición de mi madre el Dr. Francisco Pérez Freytes me enseñó retórica y poética, y el Dr. Zeno Gandía y el Dr. Coll y Toste fueron mis compañeros de juego de la infancia.* Con esta pléyade de estrellas de primera magnitud alimentando la innata afición por la poesía, ¿qué podría salir de la mente creativa de Fidela Matheu?

Vivió Fidela en San Juan, en Cuba, en Hormigueros, en Sabana Grande — donde se inició como Maestra de escuela primaria— y finalmente en Yauco, donde se la venera como hija propia y donde yacen sus restos. Pero Fidela nunca apartó el pueblo de su nacimiento de su mente. En un largo poema dedicado “A Arecibo” en 1873, Fidela escribe:

Hay una villa risueña,  
 que se duerme dulcemente  
 con el arrullo inocente  
 de las olas de la mar;  
  
 un llano verde y hermoso  
 la rodea por doquiera,  
 ostentando en su ribera  
 un bellísimo palmar.

Allí, en su seno florido  
se meció mi tierna cuna,  
allí la bendita luna  
sus puros rayos me dio;

allí, en aquella pradera  
dio mi planta el primer paso,  
allí, en su dulce regazo  
mi madre me acarició.

La luz por la vez primera  
allí mis ojos la vieron,  
allí los sueños nacieron  
de mi primera niñez;

allí, bajo sus palmares  
aprendí a mirar el Cielo,  
allí fue mi primer duelo,  
mi primer llanto allí fue.

Aún me parece mirar  
allí en sus campos mi huella,  
aún parece que destella  
la misma luz que yo vi;

aún me parece gozar  
aquellas tardes serenas  
cuando, el corazón sin penas,  
soñaba Arcibo en ti.

Aún me parece que aspiro  
la brisa de tus palmares  
y miro tras de tus mares  
ocultar su luz el Sol;

tus alegres pescadores  
cruzan en ligera barca  
y la estela que se marca  
tras de su quilla veloz,

o ya el buque, que orgulloso  
con el desplegado lino,  
del puerto busca el camino  
anhelante de reposo;

y unos marinos cantando  
sobre su proa diviso,  
como esperando el aviso  
para las anclas echar.

Sí, mi Arecibo adorado,  
cuanto en ti la vista alcanza  
es, de cerca y lontananza,  
bello paisaje de amor; (...)

En tus campos, sosegado  
canta el jíbaro dichoso,  
cuando el lecho perezoso  
deja, el día al asomar;

corre a la vega, y en cestos  
recoge el dorado fruto,  
dulce y brillante tributo  
de su inmenso trabajar.

...y se escucha dulcemente  
el sonoro murmurío,  
que lleva tu hermoso río  
besando tu pura sien.

Allí en tu seno se escucha  
el murmurar de sus aguas,  
y las ligeras piraguas  
al son del remo volar; (...)

que eres ¡oh villa preciosa!  
de Natura el dulce encanto,  
¡eres el alcázar santo  
de mi hermosa Borinquén!

En 1873, cuando escribió este poema, Fidela tenía 21 años. Es admirable cuánto lenguaje lírico tenía ya en su haber, y cómo a la contemplación de su paisaje la poeta añade unas pinceladas de vida social en los retratos de los trabajadores del mar, los pescadores, y a los obreros de la tierra, los recogedores de los frutos que producía el valle arecibeño en tiempos de Fidela y también la actividad marina en su puerto, donde arribaban naves movidas a la vela por los vientos del norte, y aun aquellas pequeñas piraguas, yolas impulsadas por el remo. Este poema, que podría parecer simple, posee una riqueza en observaciones de la naturaleza y en expresiones humanas que es necesario considerar, si queremos hacerle justicia a su autora.

Una de las compsiciones en que Fidela despliega mayor fantasía creativa es la dedicada a “El Genio de la Música, A Adolfo Heraclio Ramos”, que en su primera parte dice:

En las noches de estío silenciosas,  
del claro Tanamá la fresca linfa

se sentía poblada por acordes  
más dulces que la música divina.

Una madre curiosa deseaba  
conocer el secreto que envolvían  
las blancas, claras y lucientes ondas,  
y se acercó a escuchar en sus orillas.

Entonces, coronado de treboles,  
llevando entre las manos una lira,  
salió un Genio bellísimo del agua  
y dijo así a la madre decidida:

“Acércate, mujer, trae ese infante;  
brillar miro en su diáfana pupila  
los arranques de un alma poderosa  
llena de inspiración y fantasía:

Deja que los destellos de mi genio  
penetren en su alma estremecida,  
yo me alejo a los cielos, y él se queda;  
os dejo mi recuerdo en las campiñas.”

Y dando un beso en la serena frente  
del niño que inocente sonreía,  
el Genio de la música, la historia  
escribió de otro Genio acá en la vida...

Esta alegoría creada por Fidela para presentar al pianista arecibeño Heraclio Ramos, constituye lo que en la literatura clásica se conoce como Invocación. Y, nos preguntamos, ¿sabía Fidela algo de música? Aunque no tenemos constancia de que ejecutara un instrumento, damos por cierto que sabía escuchar y entender la música, vivirla y sobre todo tenía la capacidad de inspirarse al contacto con la ejecución del instrumento manejado por el pianista Ramos. Óiganse los siguientes versos y nótese cómo la música del célebre arecibeño depierta sensaciones en la capacidad creativa de la poeta:

*No envidies de Gottschalk la excelsa gloria  
ni de Liszt la soltura y la maestría,  
es muy dulce tu gloria, hijo del suelo  
en que jamás el mérito se estima.*

*Cuando arrancando armónicos acentos,  
vuestra mano en el teclado oscila,  
tocando la difícil música  
de Wagner y Rossini, se extasía*

*el alma en un extático embeleso  
al escuchar las notas cuando vibran  
al impulso volcánico girando,  
produciendo cadencias y armonías,*

*parece que se escapa del teclado,  
el alma que el dolor allí oprimía,  
desbordada al verse en este mundo  
irrumpe en un torrente que electriza,*

*de notas que semejan las palabras,  
de acordes que remedan las caricias,  
de ruidos, de besos, de murmullos  
de un corazón ardiente que suspira...*

*Y es el dócil marfil el mensajero  
de tu alma soñadora que improvisa  
y escribe en el teclado ductiloso  
un poema de amor y de poesía.*

Fidela inicia la segunda parte del poema haciendo una severa crítica a su ambiente cultural: “*es muy dulce tu gloria, hijo del suelo / en que jamás el mérito se estima*”. En términos generales, esto ocurre en toda la isla y persiste en la actualidad. Se enaltece a cualquier diletante que llegue del extranjero presentándolo como genio, en tanto a los genios del patio se les arrincona, se les margina, se los menosprecia. Es la mentalidad del colonizado que creará siempre que lo foráneo es superior a lo nuestro.

Al finalizar de trazar la ruta triunfadora de Heraclio Ramos, historia del virtuoso ejecutante del teclado, Fidela vuelve los ojos hacia su propia historia, inevitable en su discurso poético donde va narrando las experiencias vividas en un confesionario íntimo que recoge sus estados emocionales e, incluso, su memoria poética. Véanse cómo Fidela afirma conservar su propia historia:

*Yo conservo la mía en la memoria,  
nunca jamás el corazón olvida;  
en ella pasan cual fantasmas vagos  
mis dulcísimos sueños cuando niña:*

*En ella de mi Villa idolatrada  
guardo las ilusiones bendecidas,  
que bajan a las sombras de mi frente  
con el recuerdo de mi madre unidas.*

*Allí de la dulcísima Señora,  
que inculcara en mi alma sus doctrinas,  
y las bellas y dulces compañeras  
que en las aulas pasábamos los días,*

*y en el bosque de altivos cocoteros  
que pueblan de su mar la fresca orilla,  
y los pinos gigantes que sombrean  
el viejo cementerio con su ermita.*

*la mar batiente que elevada y ronca  
cuando sus olas a la arena precipita...*

Aquí queda interrumpido el poema debido a la mutilación del papel donde se halla impreso. Lo que sobrevive, sin mutilación posible, es el pensamiento vivo de Fidela Matheu. Lo impercedero es su amor por el suelo arecibeño que la vio nacer, la madre que la guió en su educación, las compañeras que asistieron a su misma escuela, la ermita inolvidable, tan afín a su mundo espiritual. ¡Y el paisaje! El ambiente marino que la acompañó a donde quiera que fue y a lo largo de una vida útil que duró 75 años.

Cuando el Dr. Rafael del Valle, aguadillano radicado en Arecibo por estar casado con una hermana del Dr. Manuel Zeno Gandía, le solicitó a Fidela una contribución para ayudar al valiente marino Víctor Rojas en los últimos años de su azarosa vida, ella compuso el poema “Mi limosna” del cual transcribo:

Yo no te puedo ofrecer  
el oro que el mundo encierra;  
soy tan pobre, que en la tierra  
sólo tengo mi laúd.

Mi laúd, y mis recuerdos;  
mis lágrimas sin ventura,  
y los sueños de dulzura  
que forjó mi juventud.

Así lo quiso el destino  
y para amargar mi queja,  
hace tiempo que me aleja  
del cielo donde nací.

De ese Edén do mi poesía  
brotó espontánea y sencilla,  
de ese mar en cuya orilla  
mis primeros versos di.

¡Víctor Rojas! el valiente,  
el feliz y audaz marino,  
cuyo funesto destino  
es, tan pobre perecer.

Qué te dará la poetisa,  
la hija pobre de ese suelo,

que entre nubes, agua y cielo,  
te vio impávido mecer.

Y dominando los mares  
en tu ligera barquilla,  
volver risueño a la orilla  
cual el Neptuno del mar;

salvando preciosas vidas  
que en la “Pandora” imploraban,  
y a ti sus labios clamaban  
al mirarse naufragar.

¡Víctor Rojas! Víctor Rojas...  
Qué le dará el alma mía  
al poeta que ese día  
para ti dulce pidió.

Canciones ¡ay! si él las tiene  
dulces cual la miel hiblea,  
si su poesía es la idea  
donde encarna lo ideal.

Flores, ay, si allá en mi Villa  
hay jardines tan hermosos,  
de perfumes voluptuosos,  
de belleza tropical.

Perlas: si sólo mis lágrimas  
congeladas se volvieran,  
en Ceilán palidecieran,  
¡tan grandes no se darán!

Perfumes; el de mi alma.  
Luces. Las de mi existencia,  
pero ¿dará a tu indigencia  
eso, un pedazo de pan?

¡Terrible contraste! Todo lo ideal de la poesía se derrumba ante el cuadro social de la material necesidad. ¡Qué modo de dramatizar en un verso el estado en que se debate después de una vida útil el héroe, salvador de tantas vidas arrebatadas al furioso mar arrecibeño, Víctor Rojas!

No cabe duda de que Fidela conoció al marino de quien nos deja tan dramático retrato. Porque esas dos estrofas, pinceladas a la acuarela con tonos densos de color ultramarino de la mejor mano maestra en las que describe la acción rescatadora del héroe, no son anécdotas oídas a terceros, sino que denotan la presencia de la autora en la escena:

Y dominando los mares  
 en tu ligera barquilla,  
 volver risueño a la orilla  
 cual el Neptuno del mar;

salvando preciosas vidas  
 que en la “Pandora” imploraban,  
 y a ti sus labios clamaban  
 al mirarse naufragar.

¿No participa esta escena de la misma intensidad poética que las pintadas en la “La historia del marino” y “La vuelta del pescador”, poemas del mar que figuran entre sus más divulgadas composiciones?

Quiero finalizar mi intervención leyendo un poema que Fidela tituló “Amor y Caridad: A Arecibo”. En éste la autora hace una descripción de nuestro pueblo en los días que por sus lugares se desplazaba la niña que iba grabando en su memoria los caracteres de su amada villa. ¡Cuán pegado a su corazón estuvo el lugar donde Fidela nació a la luz del sol tropical que iluminó su niñez, al discurrir de las aguas del Tanamá que bañó su cuerpo, al sonido y los embates del mar que llenó su alma de resonancias poéticas!

Se necesita tener un alma enorme, y como su nombre indica, guardar toda la vida esa fidelidad hacia cuanto en su pueblo le dio sentido a su vida, en la felicidad inocente de la niñez así como en las desdichas que desde la adolescencia comenzó a sufrir, a veces con el desaliento del desamparo, otras con el estoicismo de la persona que se supo nacida para sufrir, aun poniendo el máximo interés en que la vida le fuera favorable, las más de las ocasiones sin el éxito deseado. Veamos “Amor y Caridad”, y experimentemos cuanto fervor arecibeño hay en su poesía.

La mano extiende temblorosa y fría  
 el infeliz mendigo,  
 camina triste en la mañana umbría  
 sin ropa y sin abrigo;  
 baja temblando del abrupto monte,  
 la incierta planta  
 dirige al horizonte,  
 donde una villa hermosa se levanta.  
 Allí —dice— allí está la gente hermana  
 que me sostiene cariñosa y buena,  
 allí Arecibo, la gentil sabana  
 que besa convulsivo el mar gigante  
 y que la ciñe y besa,  
 como besa a su amada un dulce amante.  
 Allí está el caserío,

y a su margen, el río  
 que bullicioso y alegre la rodea,  
 allí está el Guayabal:  
 era una hermosa aldea;  
 —cuando yo niña en su redor jugaba  
 y el río, la inundaba de amor,  
 y cual rica preseña  
 flores, arbustos, frutos recogía  
 sobre las linfas de sus ondas frías—.

Allí dirige la esperanza inquieta,  
 de pan y abrigo, y flores de cariño  
 allí encuentra el mendigo.  
 Allí el poeta  
 canta para endulzar tristes dolores,  
 en la lira bendita de las flores.  
 Arcibo, mi amor y mis recuerdos  
 contigo siempre van;  
 ignota suerte  
 me arrancó de tus brazos,  
 cuando niña inocente no sabía  
 de la vida el afán  
 ni la agonía.  
 De este triste luchar desesperado  
 que se llama “La Vida”.  
 Pero nunca rompí los dulces lazos  
 de amor y de poesía  
 que recogí en tu fronda bulliciosa,  
 y en tu mar fragorosa;  
 en tu seno bendito  
 donde dio el corazón su primer grito.  
 ¡Caridad! ¡Caridad, que bienhechora  
 pulsas las cuerdas de mi lira ahora,  
 dile a esa Villa que la mar arrulla  
 que mi alma de poeta, es toda suya!

Compañeros y compañeras que han asistido a esta velada poética, ¿conocen a alguien que ame más a su pueblo que esta exiliada y olvidada poeta arcibeña? ¿No consideran ustedes que es hora de hacerle justicia? Dejo ante su consideración la restauración y perpetuación de su nombre en algún lugar público, calle o parque, donde podamos verlo y recordar que Fidela Matheu y Adrián le dio su corazón y su poesía a su pueblo y a su gente.

Ernesto Álvarez, Ph. D.  
 En Boán, Islote  
 A 1º de noviembre de 2011